

## **El beso**

*El beso* parte de dos imágenes tan atrayentes como difíciles de descifrar. A simple vista podrían parecer galaxias, explosiones, mapas celestes o formas orgánicas en expansión. Hay algo profundamente bello y, al mismo tiempo, inquietante en ellas. Sólo después, cuando conocemos el origen de la obra, descubrimos que lo que estamos viendo son cultivos microbiológicos de saliva antes y después de un beso. Y entonces la imagen cambia. O quizá somos nosotras quienes cambiamos al mirarla.

Anna Pastor fotografía con un objetivo macro las placas de Petri obtenidas tras cultivar la huella microbiana oral. La obra fue realizada por la artista junto a su compañero en pleno contexto de pandemia, en el confinamiento, en un momento en el que la idea de contaminación bacteriana estaba especialmente presente en nuestra vida cotidiana. Al observar el cultivo al microscopio lo que aparece entonces es eso que, como alguien le dijo una vez hablando sobre el dolor, «no puede verse, pero está muy adentro».

Lo que vemos son microorganismos que habitan nuestros cuerpos y que cambian constantemente con cada interacción. En un solo beso intercambiamos millones de bacterias. Y entonces comprendemos que aquello que parecía abstracto es, en realidad, la huella concreta de un encuentro. Un «antes y después» literal. Un ecosistema alterado por el contacto.

Pero la obra no se detiene en esa lectura científica. Porque cuando observamos *El beso* ya no buscamos únicamente identificar qué estamos viendo, sino entender qué nos dice esa transformación. Para Anna Pastor,

ese gesto contiene algo profundamente revelador. Cada beso nos cambia. Y no solo simbólicamente. Nos transforma a niveles invisibles, biológicos, microscópicos. Lo mismo ocurre con cualquier vínculo humano: convivir, tocar, cuidar, besar, nacer. Toda relación deja huella. Toda cercanía modifica aquello que somos.

El beso forma parte de la serie *WeAreOne*, desarrollada junto al Departamento de Fisiología, Genética y Microbiología de la Universidad de Alicante y el Departamento de Bioquímica y Biología Molecular de la UMH. En este proyecto, la artista cultiva y registra distintas huellas microbianas para explorar cómo los cuerpos se afectan entre sí. Otras piezas analizan, por ejemplo, la saliva de un bebé antes y después de mamar o transformaciones derivadas del parto. Pero, más allá de los procedimientos, lo que atraviesa toda la serie es un planteamiento profundamente existencial: ver qué somos para tratar de entender quiénes somos realmente.

La respuesta que Anna encuentra desmonta cualquier idea cerrada de individuo. Sus investigaciones dialogan con pensadoras como Donna Haraway o Lynn Margulis, quienes entienden la vida desde la interdependencia y la colaboración –y no competición– entre organismos. También con aquel verso de Walt Whitman: «contengo multitudes». Porque eso es precisamente lo que *El beso* nos revela: que nunca somos una sola cosa. Somos cuerpos atravesados por otros cuerpos, comunidades microscópicas, relaciones en constante transformación.

Hay algo profundamente conmovedor en esta idea, especialmente si pensamos en el origen de la investigación de Anna Pastor. Su trabajo nace de una obsesión con la muerte, con la pérdida y el miedo. Pero cuanto más mira hacia dentro, más descubre que el yo nunca fue algo aislado.

Que vivir consiste precisamente en mezclarse, contaminarse, transformarse mutuamente. Quizá por eso *El beso* termina hablando menos del miedo y más de los vínculos. De nuestro ser colectivo, aquello que no siempre podemos ver, pero que permanece muy adentro.

Nerea Bella García  
*Universitat Jaume I*  
*Texto para el catálogo de MAV (Mujeres en las Artes Visuales)*